

# EL INAGOTABLE FERNANDO PESSOA

Rodolfo Alonso\*

Bien sabemos que no hay gran obra de lenguaje, lograda, de la cual podamos afirmar que una única lectura agota su sentido. Intuyo que a eso aludimos cuando se habla de un *clásico*: no una materia congelada para siempre, ante la cual debemos inclinarnos más o menos sumisamente, y por lo tanto ajenos, sino una riqueza que a cada nueva aproximación se muestra reiteradamente fecunda, que cada vez nos sorprende ofreciéndonos renovados alimentos. (Algo que está probablemente en el lenguaje mismo, a la vez ambiguo y nítido, preciso y polisémico, y que permitió al más que lúcido Paul Valéry encomiar a la poesía sin aludirla cuando afirmó, por ejemplo, que la prosa "agota su valor de cambio".)

Y si eso ocurre con los creadores que en vida han logrado concretar su devoción y su visión en una obra, ya sea de varios títulos o de tan solo uno, pero por ellos firmados con su punto final, ¿qué decir, cómo encarar a aquellos autores que, por una u otra razón, han dejado su obra inconclusa, inacabada, en permanente gestación y hasta, diría, en permanente recreación? A la ambigüedad ineludible del lenguaje humano se añade aquí, como en el magma de la vida misma, no sólo la diversidad posible de lecturas sino, mucho más allá, la pluralidad de interpretaciones con respecto a la propia estructura orgánica de dicha obra.

Es probable que poco hubiera importado a Fernando Pessoa (1888-1935), quien solía ahondar en su personalidad contradiciéndose casi de inmediato, franca o elusivamente, que sus preocupaciones del momento cambiaran de sentido en el contexto de otras épocas. ¿Cómo iba a poder imaginarse lineal, definitivo, explícito, quien hizo o vio hacerse en sí mismo no uno sino varios creadores plenos y diferentes, los heterónimos, de personalidades y obras tan complejas como diferentes? Pero nos consta que además, en vida, Pessoa no dio a la imprenta, como definitivo, más que un solo título, *Mensaje*<sup>1</sup> y que, cuando mucho, sólo podría darse por concluido (al menos, en gran medida) otro relato suyo, *El banquero anarquista*<sup>2</sup>, ofrecido por él a una revista literaria.

En el famoso, y casi mitológico Legado de Pessoa, felizmente custodiado por la Biblioteca Nacional, en Lisboa, se conservan todos sus papeles inéditos. Y de allí van surgiendo, como por arte de magia

---

\* O poeta argentino Rodolfo Alonso foi o primeiro tradutor para o castelhano dos heterónimos de Fernando Pessoa em 1961. Reproduzimos o prólogo especialmente escrito para sua recente versão de *Aforismos e afines*, que acaba de publicar, em Buenos Aires, pela Editora Emecé, em 2005.

pero en realidad debido a un concienzudo criterio de razón, no sólo por la eficacia y responsabilidad de los especialistas a cargo sino, también, por el envidiable contexto de exigente seriedad con que la cultura portuguesa, hoy por hoy tal vez una de las más vivas de la Europa posmoderna, vigila ese espléndida herencia que, con tanta justicia, asume como propia.

Para algún desprevenido, las palabras que abren una de las recientes publicaciones<sup>3</sup> de la al parecer inmensa obra de Fernando Pessoa: “Me propongo examinar el problema de la celebridad”, podrían confundirse quizá con la ineludiblemente fugaz audiencia que hoy otorgan los grandes medios masivos de nuestra sociedad del espectáculo, tan superficial y efímera como sus paradigmas. Pero apenas unas líneas después constatará que eran otros, en realidad antípodas, los parámetros de Pessoa: “La celebridad es la aceptación de que un hombre o un grupo de hombres son de alguna manera valiosos para la humanidad.”

No era Pessoa alguien capaz de deslumbrarse por resonancias fáciles (“Sé un periodista o sé un artista. Busca el éxito inmediato o la vida eterna”). Para probarlo, baste una anécdota, en este caso personal. Cuando Aldo Pellegrini en 1960, siendo yo tan joven, me encomendó lo que sería la primera traducción al castellano<sup>4</sup> de los cuatro poetas que hay en Fernando Pessoa, pero también su publicación inicial en América Latina, recuerdo muy bien lo arduo que resultó obtener los derechos. Como si su cuñado, ese Francisco Caetano Dias que dirigía una *Revista de Comercio y Contabilidad*, o el resto de sus herederos se avergonzaran de aquel extraño desconocido, cuya vida fue lo más anónima posible, recluyendo bajo la humilde apariencia de corresponsal extranjero

de casas comerciales la gestación de su “drama en gente”, la múltiple y fecundísima obra de pensamiento y creación que lo poblaba. Pero recuerdo también, muy vívidamente, cómo la aceptación inmediata por los lectores, que dio lugar entonces a varias reediciones cuando Fernando Pessoa era todavía en gran medida un desconocido, incluso en Portugal, demostraban ya algo que luego iba a volverse evidente: no es por su fama sino por su obra que Pessoa conquista a sus admiradores, y lo hace de uno en uno, nunca en forma masiva o con carácter de moda sino de persona a persona, en forma honda, ineludible.

Porque unos diez años después la situación cambiaba de raíz. Su renombre, primero legítimo y secreto, se hacía cada vez más y más público, hasta convertirlo en lo que Adolfo Casais Monteiro había intuido ya en 1958: “el más universal y el más portugués de los poetas de este siglo”. Y una de las consecuencias más notables de semejante canonización fue que, a partir de entonces, del legendario baúl donde dormían los papeles inéditos, tantas veces incompletos y dispersos, de quien en vida sólo había publicado como vimos un único título en su idioma, el entusiasmo fraterno y la pasión editorial harían surgir uno tras otro libros y libros de Pessoa, provenientes a veces de algún proyecto suyo más o menos coordinado pero también, en otras ocasiones, debidos al criterio de cada compilador.

Sería comprensible imaginar que la inquietud por la inmortalidad, aunque en él aluda como vimos a criterios estéticos de alta exigencia, resultaba algo usual para quien por un lado se ocultaba bajo tareas prosaicas y por otro aludía a la necesidad de coronar un “super-Camoens”

entonces inimaginable y luego increíblemente concretado. Pero para ello sería necesario olvidar no sólo la índole tantas veces oculta si es que no hermética de las preocupaciones más hondas de Pessoa, un creador de integridad ejemplar, sino que él mismo dejó sus propias opiniones al respecto, aunque tantas veces aparentemente contradictorias en realidad iluminadoras de una verdad más amplia, siempre cambiante, siempre creciente, porque decididamente humanísima nunca tampoco absolutamente definitiva: “El único destino noble de un escritor al que se publica es no tener la celebridad que se merece. Pero el verdadero destino noble es el del escritor al que no se publica”.

En esas páginas, entonces, recuperadas de Pessoa, que deberíamos encarar a la vez con devoción y prevención (cosa que intuyo no le disgustaría), podemos verlo plantarse sin desmedro ante los grandes: “El caso de Robert Burns ... es el ejemplo de genio ficticio”, “Swinburne pensaba como no podía y el desastre venía al decirlo”, “*El cuervo*, un poema no demasiado notable, digámoslo”, “En Milton hay muy poca acción”, “Shakespeare es el ejemplo de un gran genio y un gran ingenio asociados a un talento insuficiente”, al mismo tiempo que, parangonándolo con Whitman, imaginaba que en el versificador popular brasileño Catulo da Paixão Cearense “está toda América Latina”. Si es capaz de desnudarse hasta más allá de sí mismo: “No soy un místico, porque un místico es un hombre cuyos sentimientos se han verificado en su intelecto. No soy eso, pero soy algo de ese tipo sin serlo”, también logra iluminar a fondo las más agudas experiencias estéticas: “La literatura es la forma intelectual de dejar de lado todas las otras artes. Un poema, que es un cuadro musical de

ideas...”. Sin olvidar, incluso, la lucidez metafísica: “El hecho asombroso –el único hecho real- de que las cosas existen, de que cualquier cosa existe, de que el ser existe, es el soplo que anima todas las artes”. O aludir a su época con la misma lucidez con que predice genialmente la nuestra: “El esfuerzo continuado que requiere producir incluso un pequeño poema bueno excede la incapacidad constructiva, la mezquindad del entendimiento, la futilidad de la sinceridad y la desordenada pobreza de imaginación que caracterizan a nuestros tiempos”.

Con la rica ambigüedad de los fragmentos presocráticos, estos textos piden ser releídos, como incitaciones seductoramente contradictorias a ejercer nuestra propia inteligencia, nuestra propia integridad. Que en Pessoa puede surgir desde los aparentemente meros problemas profesionales, en realidad deletéreos, y que hoy nos pareciera ver groseramente amplificados: “Por un lado hay demasiada gente que escribe, que dibuja y que maltrata el arte de distintas maneras. Esto genera confusión. Por el otro lado, esta verdadera multitud de artistas hace de la publicidad y de la autoafirmación del más bajo nivel una defensa contra la oscuridad”. O prodigarse en opiniones sociales, de claridad contradictoria: “No hay ningún argumento sociológico definitivo contra la esclavitud. De hecho, el único argumento es que es un crimen, y ése es el argumento sociológico definitivo”. Y la sorprendente irrupción del más corrosivo humor negro: “Cada nación tendrá sus grandes libros fundamentales y una o dos antologías del resto. La competencia entre los muertos es más terrible que la competencia entre los vivos; los muertos son más.” Pessoa sigue siendo, como se ve, felizmente inagotable.

Y, para probarlo, por enésima vez, se nos ofrece ahora este nuevo dominio suyo, *Aforismos y afines*, este nuevo aspecto de su inmensa personalidad. Hijo nervioso de la conciencia —a la vez oscura y deslumbrante— de la ineludible brevedad de nuestros días, el relampagueo del aforismo pareciera pretender abarcar al mismo tiempo (aunque sin dejar de embarcarse en el instante) tanto la exactitud como la vastedad. Pocas palabras, que se quieren tan nítidas como justas y elocuentes, transmiten así la irradiación nacida en el momento, pero rezuman también —y resumen— la experiencia de años. Bien que se podría considerar a los aforismos como legítimamente representativos del angustiado y abrumado humanismo del siglo veinte (forma moderna del hombre moderno), sin embargo su raíz se extiende hacia atrás en el tiempo por lo menos hasta los mismísimos presocráticos, donde deslumbra y nutre como una viva y fresca lumbre humana la humanísima voz de Heráclito, el Oscuro de Éfeso.

Uniendo nuevamente aquellos dos extremos de un arco de sabiduría y candor (esos tiempos en que filosofía y poesía no eran todavía diferentes), en una línea de alta tensión que partiendo de los iluminadores fragmentos del gran Heráclito, va de Lichtenberg a Julien Torma o René Char, sin olvidar a nuestros Antonio Porchia, y Raúl Gustavo Aguirre, el aforismo resulta, en Pessoa, algo tan natural como la respiración. Si adoptó siempre, casi instintivamente, como materia, un calibre que permitía volver irradiante a la ambigüedad o a la contradicción, en el autor de *La educación del estoico*<sup>5</sup> (que tantas veces sólo nos dejó fragmentos) la forma aforismo se transforma en algo prácticamente orgánico, una

materia que se ajusta, se encarna cabalmente a su sentido de la existencia y de la esencia. En la que no es casual que se despliegue en inglés, esa segunda lengua de su infancia, ya de por sí tan fértilmente escueta, parca, de tuétano, tan alejada acaso como él mismo de la verborragia y la grandilocuencia. Agradecemos pues a Richard Zenith, un investigador tan riguroso como sensible, esta nueva oportunidad<sup>6</sup> de abrirnos a la riqueza inagotable del universo Pessoa.

## REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

PESSOA, Fernando. **Mensaje**. Traducción Rodolfo Alonso. Buenos Aires: Emecé Editores, 2004.

PESSOA, Fernando. **El banquero anarquista**. Traducción Rodolfo Alonso. Buenos Aires: Emecé Editores, 2003.

PESSOA, Fernando. **Eróstrato y la búsqueda de la inmortalidad**. Traducción Santiago Llach. Buenos Aires: Emecé Editores, 2001.

PESSOA, Fernando. **Poemas**. Traducción y prólogo Rodolfo Alonso. Buenos Aires: Fabril Editora, col. Los Poetas, 1961.

PESSOA, Fernando (como Barón de Teive). **La educación del estoico**. Traducción Rodolfo Alonso. Buenos Aires: Emecé Editores, 2002.

PESSOA, Fernando. **Aforismos y afines**. Traducción y prólogo Rodolfo Alonso. Buenos Aires: Emecé Editores, 2005.